

## “Aquí mando yo”

“Olga, Gilma, hoy vinieron más de la cuenta. Pídetes un arroz chino por si no alcanza la carne pa’ ustedes”, son las órdenes que da Berta a sus peculiares empleadas, un par de gemelas idénticas de 75 años, ambas vestidas de blanco y ambas con la misma mirada triste en los ojos, quienes insisten entre risas que fue ella, la vieja Berta, la que les hizo un conjuro hace muchos años para que ninguna de las dos consiguiera marido y, de esa forma, le pudieran servir sin problemas por el resto de sus vidas.

Es un miércoles al mediodía y, como todas las tardes, hay almuerzo familiar en la casa de los Caballero Pérez. Sin embargo, hoy se ha llenado aún más la mesa, pues algunos comensales que siempre están ocupados a esa hora, han decidido llegar. Están sus cinco hijos: [Víctor](#) Raúl, Beatriz Eugenia, Mireya Cecilia, Roberto Andrés y María Angélica con sus respectivos esposos [y esposas](#), hijos, yernos, nueras, nietos, enfermeras, empleadas y choferes, haciendo un total de 29 personas. Pero Berta y sus fieles empleados están listos para alimentar y atender a la gente, pues, como buena ama de casa costeña, Berta ha sabido siempre que es la comida lo único que verdaderamente hace que la familia permanezca unida.

El apartamento inundado de parientes es un reflejo de lo que ha sido siempre su vida. Cada mueble tiene una historia, pero son los habitantes de la casa los que la han escrito. Las puntas de sus dedos están amarillas por la nicotina que ha dejado el cigarrillo a través del tiempo, sus piernas son gruesas por la mala circulación sanguínea y su postura encorvada le suma unos años de más. Sin embargo, su mirada tierna y su agradable sonrisa la rejuvenecen, dejando ver la mujer que ha sido toda su vida: fuerte, pero, a la vez, inmensamente compasiva.

Ya casi no tiene cabello, pero esconde su secreto con una peluca de crespos negros y a pesar de tener dificultades para caminar, su mente está perfectamente puesta en su sitio y es capaz de llevarla al sitio que quiera. Tiene una voz ronca fruto de la cantidad de cigarrillos que solía fumar, pero cada palabra que sale de su boca está cubierta por el humo de la sabiduría y la experiencia. No hay nada que ella no sepa y no hay nada que ella no controle, y a sus 85 años esto claramente no ha cambiado.

## **El origen**

Nació el 24 de [septiembre](#) de 1930 en el municipio de El Piñón, Magdalena. Su padre, [Juan Pérez](#), solía venderles [pescado](#) a los grandes terratenientes de la zona, pero su voluntad para el trabajo y su capacidad para ganar la confianza de los ricos prontamente hicieron que se convirtiera en uno de los más adinerados del pueblo. Se casó con Ana Cecilia [de](#) Caro y de ese matrimonio nacieron Enrique, Hernando y, por su puesto, Berta. Su posición social y económica, a la que había llegado a escalar Juan, lograron que ella estudiara en uno de los mejores internados que había en la época en Colombia, La Enseñanza en Medellín, y que [estudiara](#) inglés un año en el internado Holy Mary School en Jamaica, y [pasara](#) seis meses en el mismo internado en Milford, Connecticut. Sin embargo, fue a sus catorce años cuando realmente comenzó a vivir, el día que conoció al amor de su vida, Roberto Caballero Zambrano.

“Seis meses antes de irme al internado en Medellín conocí a Robertico”, cuenta Berta dejando ver en sus ojos que este recuerdo [la](#) emociona. “¡Ese hombre sí era buenmozo y medio! Sus ojos los tenía azules y su pelo era mono. Tremendo bollo que era”, dice al tiempo que sus mejillas se ruborizan.

## **Amor eterno**

“Nos conocimos en una fiesta en El Piñón y, desde que nos vimos, hubo una conexión especial. Me molestó todo ese tiempo, pero finalmente me tuve que ir a Medellín. Como en el internado me leían las cartas, la comunicación fue difícil. Hubo una vez, cuando cumplí quince años, en donde Robertico me mandó un telegrama que decía: ‘Recibe mis caricias en este sublime día, Rosita’. Las monjas me hicieron un interrogatorio fuerte, pues no entendían por qué una tal Rosita me estaba mandando caricias. Gracias a Dios en esa época no se usaba el lesbianismo y logré que no me castigarán. Nunca me dieron la carta, pero yo supe que él estaba pensando en mí”, cuenta mientras sonríe y mira a su amado, con quien en [diciembre](#) del 2014 cumple 62 años de [matrimonio](#).

Además de la distancia y las reglas de la época, Berta y Roberto tenían un problema mucho más grave. La familia de él era liberal y la de ella conservadora. En aquellos tiempos, no era bien visto que dos personas de casas políticas diferentes estuvieran [juntas](#) y, por ello, tuvieron que luchar por tener la bendición para casarse. La situación se les complicó aún más el [9](#) de [abril](#) de 1948, cuando todo cambió en Colombia.

“El día que mataron a Gaitán, mi papá decidió mudarse para Barranquilla”, comienza diciendo *Kika*, como la llaman con cariño sus nietos. “La situación ya se había convertido en un problema y tenía mucho miedo de lo que nos pudiera pasar. La familia de Robertico, por el otro lado, creyeron que lo mejor sería quedarse y, por esa razón, fuimos nuevamente separados. Sin embargo, al cabo de un tiempo, Robertico decidió pasar todas las vacaciones en Barranquilla, en contra de la voluntad de su familia y ahí supe cuán enamorado estaba de mí”, comenta con dulzura Berta.

Kika continúa narrando su historia de amor de manera pausada, pero cuando reanuda, siempre se ve más entusiasmada que antes, como si lo estuviera viviendo en este momento. “Esperamos siete años hasta que él terminara su internado como médico para casarnos, y un buen día, el 6 de diciembre del año 1952, nos dijimos el sí enfrente de todos nuestros amigos y familiares en Barranquilla. Fue, sin

lugar a dudas, el día más feliz de mi vida”, cuenta al tiempo que Robertico, a quien ya le cuesta escuchar, afirma con la cabeza.

A sus 23 años se convirtió en una mujer casada, pero, sobre todo, en la cabeza de su hogar. Desde que se casó y a pesar de que todo el mundo dice que su esposo fue siempre un santo, desarrolló una vocación por ser detective privado y se dedicó a perseguir a los hombres de la casa, comenzando por supuesto con su marido. Eran tales sus celos empedernidos que en su noche de bodas no permitió que se alojaran en el Hotel El Prado, lugar de moda en aquellos días, pues ella se había enterado de que hace muchos años, cuando aún no se agarraban ni la mano, Roberto había llevado a una muchacha allá.

“Mi papá toda la vida le tuvo pavor a mi mamá, pues ella siempre lo sabía todo”, dice Mireya, su segunda hija. “Nosotros también le teníamos miedo. Parecía como si tuviera un detective en cada esquina”, cuenta esta extrovertida mujer de 55 años, de cabello y ojos color café.

## La familia

La vida de Berta no fue solo cuidar a su esposo y a sus hijos, también estuvo alrededor de la política. Nunca se graduó de la universidad, ya que en esos tiempos eran pocas las mujeres que asistían a una, pero eso no le impidió llegar a ser diputada por el Partido Conservador. Cuenta ella que llegó a ocupar ese cargo gracias al aún senador Roberto Gerlein y su fuerte influencia en la política costeña.

“Yo marché y les hice política a todos los candidatos presidenciales de mi partido”, dice Kika alzando su mano derecha. “Fui una mujer revolucionaria para la época, ya que no muchas mujeres se le medían a eso. Yo iba en contra de los ideales políticos de mi marido y casi siempre estábamos en desacuerdo en esos temas. Además, encontraba el tiempo para criar a mis cinco hijos, mientras mi querido esposo

iba a encargarse de las tierras que teníamos en el Magdalena. Él podía mandar allá en la finca, pero yo mandaba aquí en la casa. Y no le digas a él, pero hasta el sol de hoy puedo decir que sigue siendo así”, comenta Berta entre carcajadas.

Cuando la guerrilla [llegó a](#) la tierras de la Costa, la vida de los Caballero Pérez cambió mucho. Ya no se podía ir a la finca y mucho dinero comenzó a perderse. Vivían bajo el constante miedo de las represalias de la subversión y por mucho tiempo, al igual que varias familias reconocidas de la región, tuvieron que pagar por protección. Era época de caos, pero Berta apoyó a su marido y estuvo al frente de las decisiones que se tomaron.

“Mi mamá fue la que impidió que volviéramos a pisar la finca”, dice Roberto, el penúltimo de sus hijos, pero el más tremendo de todos. “Ella fue la que decidió que nadie se iba a morir o a ser secuestrado por plata y la cosa fue bastante difícil. Si lográbamos ir era por poco tiempo y casi siempre para ver pérdidas. Además, los pueblos parecían casi fantasmas. Todo el mundo vivía con miedo y nadie se atrevía a decir nada. La cosa era así, o le pagábamos a la guerrilla o le pagábamos a los paramilitares. Fue mi mamá la que optó por lo segundo, pues al comienzo tenían los ideales necesarios y realmente protegían las tierras y los habitantes que vivían en ella. El conflicto en Colombia no puede ser visto negro o blanco. Hay mucho de gris y mi mamá, que ha sido siempre una mujer íntegra, le tocó optar por entrar al gris para que la familia no muriera de hambre”, recuerda Roberto con su mirada seria, decorada con cejas gruesas de color negro.

### **Las supersticiones**

Aparte de ser una pieza fundamental para la toma de decisiones en la casa, ser la que educó a sus hijos y la que marchó por los ideales de su partido, *Kika* siempre ha sido la guía espiritual de su hogar. Durante toda su vida ha sido muy apegada a Dios y devota de la Virgen del Carmen, creyendo

ciegamente en Jesús y la vida que llevó. Va todos los días a misa y pide por cada uno de sus descendientes. Sin embargo, su apego a la religión va mucho más allá que simplemente ser una buena católica, ya que, aunque no cree en lo místico, hay cosas en su vida que no tienen una explicación lógica.

“Nunca he sido supersticiosa y creo fielmente que todo lo que sucede es porque el Señor así lo ha querido”, comienza diciendo Berta mientras abre una bolsa de sus chocolates preferidos. “Pero, habiendo dicho esto, te digo que una vez sí me pasó algo bastante particular. El chofer de mi hijo, quien ha trabajado con él toda su vida, una vez llegó donde mí, porque [dizque](#) estaban pasando unas *vainas* bien raras en su casa. Hacía seis meses que venían ocurriendo estas cosas, justo los mismos meses que llevaba una sobrina viviendo con él y su esposa. Quise ver qué estaba pasando, ya que la verdad yo no creía mucho en eso”, comenta, todavía aterrada, esta matrona de casi un siglo de vida.

Al tiempo que afirma con la cabeza cada palabra, Berta continúa su relato. “Cuando entré al apartamento abrí la Biblia y comencé a leer un [salmo](#). Juro por Dios y el resto de mi familia que lo que pasó en ese momento me dejó boquiabierto: todo empezó a desordenarse, en las paredes del baño estaba escrito con pasta de dientes ‘ja\_ ja\_ ja\_’ y las camas que antes estaban hechas perfectamente, de repente estaban deshechas. Llamamos a un cura y le hicieron un exorcismo a la casa. Nunca antes había visto algo igual y el cura mismo me regañó porque, de no haber sido por mi [fe](#), el espíritu pudo haber entrado a mi cuerpo cuando comencé a leer la Biblia”.

Mientras cuenta la anécdota, Berta mira a lo lejos como intentando recordar exactamente lo ocurrido. Tiene un conjunto verde menta, que combina con unas sandalias negras [en las que](#) se resalta una calavera gris encima. Cuando se le preguntó por ellas, respondió entre risas: “Anda, sí. Me [di](#) cuenta cuando ya las había comprado y son tan cómodas que me las dejé. Eso sí, no las uso para ir a misa, pensarán mis amigas que se me [zafó](#) un tornillo”.

Lo más impresionante de esta mujer es que, a pesar de la edad, no se le escapa nada. Uno de sus nietos, Juan Carlos, el hijo mayor de su primogénito Víctor Raúl, contó que cuando se fue a estudiar a Bogotá, descubrió un día algo que lo dejó frío. Su abuela había contratado un detective para que lo espiera y, por ende, sabía exactamente cuándo iba a la universidad y cuándo no o con quién estaba saliendo. Ahora que trabaja para la familia en la finca, se ha dado cuenta de que la cosa no ha cambiado de a mucho, pues no es sino que pare en una tienda a tomarse una cerveza en El Piñón para que su abuela lo sepa.

“Kika tiene espías por todos lados y no es solo conmigo que los usa”, afirma Juan Carlos, un joven de 28 años, moreno, de cabello crespo negro y cejas unidas. “Es parte de su forma de ser, quererlo saber todo. El Piñón entero es espía de ella. Yo voy todas las semanas y menos mal que soy juicioso, porque si no, enseguida se entera. Es impresionante, pero la llaman todo el día a contarle chismes, hasta de su chofer, Raúl, que ha trabajado toda la vida para ella, pero que ha sido muy mujeriego siempre. Mi abuela se la pasa regañándolo por tanta vieja que tiene, como si fuera un hijo más”, cuenta su nieto mientras se apunta el primer botón de su camisa de listas rosadas y blancas.

### **Su otra familia**

La historia de su relación con los empleados es muy peculiar también. Hasta la vida personal se las vigila. Raúl, por ejemplo, hace parte de sus obsesiones, pues, en su opinión, le ha dado varios dolores de cabeza.

“Raúl es un zángano”, dice tajantemente Berta acabándose su bolsa de chocolates. “¿Tú crees que hay derecho que tenga tres mujeres diferentes? No señor, eso es una falta de respeto. Y es que por andar de puto se ha metido en unas grandes. Hace poco, mientras yo almorzaba con toda mi familia,

hubo una pelotera por cuenta de él. Mira, lo que pasa es que él tiene su mujer, Milena, con la que tuvo tres hijos. Milena hasta hace poco era la empleada de servicio de mi hija Mireya. Pero tiene una novia, que es la empleada de la vecina y con ella tiene otra hija. ¡Figúrate esa vaina! El otro día ha llegado la novia y se ha enfrentado con Milena, quien me hace trabajitos de vez en cuando aquí en mi casa. Se gritaron de cuanta cosa. Una dijo que Raúl la tenía chiquita y la otra le gritaba de todo. Obviamente la culpa la tiene el zángano de Raúl”, comenta enérgicamente.

“Mis hijos me regañan que [porque](#) me meto, pero es que eso tiene que ver conmigo. ¿O no? Además, me enteré hace poquito que en El Piñón tiene otra mujer y la dejó embarazada. No te digo, a ese *pelao* hay es que hacerle una vasectomía, pero no se deja. Yo estoy que se la mando [a](#) hacer mientras duerme”, afirma riéndose del cuento.

Aunque se ríe, sus hijos juran que puede llegar a hacerlo. Tal cual como también dicen que algo tuvo que ver ella en la soltería de sus empleadas. No saben cómo, pero algún pacto hizo para que esas dos nunca consiguieran [quién](#) se casara con ellas. Sin embargo, de todas las relaciones, la más extraña la tiene con el loco que va a limpiar cosas a la casa. Se llama Carlos Julio, alias “Charles Julai”, tiene unos 65 años y es una persona especial. Nadie sabe bien cómo llegó a la casa, pero lleva años ahí. No sabe leer ni escribir y casi nadie le entiende cuando habla, pero Kika lo adora y lo tiene ahí a pesar de algunos incidentes.

“El mejor cuento de Charles Julai fue cuando mi mamá lo suspendió”, dice la menor de sus hijas, María Angélica, que a sus 48 años todavía es la *pechichona* de la casa. “Hace poquito, Charles Julai, en una de sus locuras, le mostró su *vaina* a las gemelas y [estas](#), que no veían una hace años, comenzaron a gritar. Mi mamá no tuvo el corazón para despedirlo, pero tenía que hacer algo. Así que los sentó a todos y sancionó a Charles Julai con una suspensión de un mes por habérsela sacado en

público. Esas son el tipo de cosas que pasan en esta casa todos los días”, dice María Angélica moviendo su cabello rubio que combina perfecto con sus ojos miel y su piel rosada.

## **Su bondad**

No [solo](#) hay historias con humor en esta casa, también hay muchas anécdotas de generosidad e infinito amor. Berta Pérez prefiere quitarse la comida de la boca que negarle a alguien ayuda. La gente lo sabe y por eso es que el hogar constantemente vive lleno de personas que le piden plata, comida o simplemente consejos.

A la sala de Kika va desde la gente que se quiere separar de su esposo porque la levanta a golpizas, hasta el drogadicto que no tiene con qué comer. Es como un pequeño consultorio\_fundación de caridad lo que tiene Berta, y funciona a toda hora. Tal vez es eso, y no su amor por la misa, lo que la protege tanto del mal.

Y es que así parezca mentira, estar al lado de ella tranquiliza al que sea. Su forma de decir las cosas, su genuino interés, su fuerte relación con Dios, su sabiduría fruto de [haber](#) vivido todo y su paz interior producen ganas de abrazarla y de no soltarla nunca.

Dicen sus hijos que ella tiene acuerdos con el de más arriba, pues no tiene sentido que una mujer de 85 años como los que tiene ella, que haya fumado tanto como lo ha hecho en su vida, que se coma una bolsa de chocolate diario, que no tenga límites para la cantidad de carne y fritos que ingiere, [y](#) que tome Coca-Cola en vez de agua, tenga arterias que parezcan autopistas y unos niveles de colesterol y hemoglobina en un buen estado.

Sin embargo, a su edad lo único que le preocupa es que si *Darling*, como llama cariñosamente a Robertico, se muere antes, ella se va detrás. Todavía brilla la chispa que los unió en una fiesta hace más de sesenta años. Todavía se miran como un par de adolescentes, inclusive hasta cuando discuten por *chocheras*. Todavía se preocupan el uno por el otro, tal cual como todo matrimonio siempre debería ser. Por eso, a pesar de que bien podría Berta continuar viviendo sin él, controlándolo todo como lo ha hecho siempre, dice que la vida no tiene sentido si Robertico no la acompaña.